



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



HERCULIANO ZARZUELA
"FERIA"
Acuarela sobre papel 45x15

- Edmundo Paz
- Guillermo González
- HCF Mansilla
- Rigoberto Paredes
- Rosendo Villalobos
- Vicente González
- Josermo Murillo

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXV n° 657 Oruro, domingo 29 de julio de 2018

FUNDACION

ZOFRO
CULTURAL

Lo bello y lo atroz

A las cinco y cuarto de la mañana, ella se levantó y comenzó a hacer sus maletas. Desde la cama la vi moverse de un lado a otro con nerviosismo y le pregunté qué era lo que estaba haciendo. "Me voy", me respondió y yo sentí que el mundo se escabullía de mí. Nos hallábamos en la cúspide de nuestra relación, nos amábamos con desenfreno y habíamos logrado establecer en siete años sin peleas, ni siquiera discusiones o conversaciones en voz alta, una sólida amistad, una comprensión que rayaba en lo ideal, un respeto exagerado hacia el otro, un mutuo conocimiento de los abismos más profundos de nuestros seres. Le pregunté el porqué. Me dijo que se iba porque se iba, que no tenía razones, que no quería eludir la respuesta sino que, simplemente, no tenía una. Me pidió que no tratara de comprenderla porque ni siquiera ella se comprendía. Le pregunté, a la manera de alguno de esos personajes que deambulan en las historias de Corín Tellado, si había otro en su vida. Mi pregunta la ofendió: jamás habría otro en su vida, me dijo entre lágrimas, jamás. Le pregunté en qué me había equivocado, si había sucedido algo que la había motivado a tomar esta decisión, si me escondía algo. Me respondió que yo no me había equivocado en nada, que nada raro había sucedido, que no me escondía nada. Le pregunté si me amaba como antes, y en su mirada fija y violenta descubrí la respuesta antes que en sus palabras: me amaba con una desahogada intensidad, me amaba más que antes, su amor era superior a todo lo que hasta ese instante yo entendía por amor. No te vayas, le dije, por favor. No respondió. Nos abrazamos. Le sequé las lágrimas. Ella secó las mías. Luego le ayudé a terminar de hacer sus maletas.

Son las once de la mañana. Hace cinco horas que Kristen se ha ido. No he ido al trabajo y no sé si lo haré por un buen tiempo. Echado en la cama, lo único que hago es mirar su rostro en una foto tomada hace diez días. Mi mano derecha, nerviosa, se crispa sobre el cubrecama. Hace frío.

No he tratado de comprenderla pero, por cierto, no he dejado de hacer suposiciones.

Acaso su destino no era amarme y vivir el resto de su vida a mi lado, compartir conmigo lo bello y lo atroz de la vida, crear conmigo un mundo simple y feliz, tan igual al de tantas parejas, tan diferente al de todas las demás parejas. Acaso su destino era más poético: darme tema para que yo pueda escribir una extraña, trágica historia de amor, para que yo pueda dotar al universo de una historia más, para que mi voz haga un intento más por capturar el secreto deslumbrador que flota a la deriva entre las coordenadas del tiempo y espacio, o, al menos, un destello de ese secreto.

Oh, sí, Kristen: acaso tu destino era ese.

Edmundo Paz-Soldán.
Cochabamba, 1967.
Escritor, novelista.



Gabriel René Moreno: Dos pensamientos



"NINGÚN DOCUMENTO COMPROBEA, POR SÍ MISMO, LA EXISTENCIA DE UN HECHO"

"Lefa entre líneas —dice Abecia Baldvieso de René Moreno—, y dudaba de lo que decían los documentos escritos "por pasión", agregando Ramiro Condarco M.: "Supo muy bien diferencia entre lo legítimo y lo bastardo, y entre el dato fidedigno y el apócrifo".

¡Gran don el de poder diferenciar y deslindar los campos legítimos de los apócrifos en un cuerpo de documentación informativa!

Desde luego, lo que debe afirmarse, sin lugar a dudas, es que no toda la información documentada de que puede disponerse, para una investigación histórica, sea auténtica, porque aun en la época misma en que acontece un hecho llamado a tener repercusiones futuras, se producen adulteraciones, falseamientos interesados, desviaciones de la verdad, suplantaciones, que tienden a ofrecer otra imagen de la realidad.

Fuera de ello, influyen también en mucho los factores personales de preferencias, simpatías y antipatías de los narradores y recopiladores, por lo que la Historia, como reconstrucción relatada por el hombre para la posteridad es, seguramente, no siempre fidedigna.

Sumemos a lo dicho el hallarse el acontecer humano mezclado con las leyendas y mitos que, como creaciones del hombre, tienen también su parte de realidad, sin que la fantasía deje de jugar papel muy importante.

"EL INTERÉS DE SER OÍDO O CREÍDO ES OTRO MOTIVO QUE ACONSEJA EL SISTEMA PROBATORIO A LOS ESCRITOS QUE PRETENDEN EL CARÁCTER HISTÓRICO EN LA ACTUALIDAD"

Ha de ser cuestión primordial de todo tiempo el interés que ponga el historiador de ser oído o creído como agente bien documentado y veraz de lo que transmita a la posteridad, por lo que sus fuentes informativas no sólo deben ser auténticas, coordinadas entre sí, filosóficamente bien interpretadas y de un sólido y lógico engranaje con la realidad a que tales relaciones aludan, sino también, lo que es muy importante, un reflejo psicológico, lo más aproximado posible, al espíritu de los personajes actuantes y del pueblo en que les tocó vivir y desenvolverse, como escenario histórico de las participaciones que les cupo tener.

Comentado por Guillermo González Durán en:
"Cimas y valores del pensamiento boliviano", 1977



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
telfs: 6288500
lurquieta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

El alma atormentada de un notable marxista

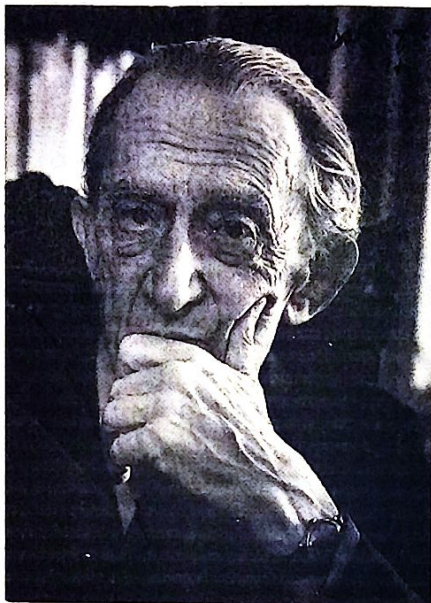
H.C.F. Mansilla

El húngaro Georg Lukács (1885-1971), el padre del revisionismo marxista, ha sido ciertamente el pensador más importante de esta corriente, y su libro *Historia y consciencia de clase* (1923) el fruto más sólido e importante de la misma, no superado hasta hoy. Similar a lo que ocurre con Antonio Gramsci, periódicamente hay una especie de renacimiento del pensamiento de Lukács, sobre todo cuando intelectuales adscritos a corrientes marxistas perciben una crisis grave de su movimiento y de su aparato teórico. Ninguno de estos esfuerzos cíclicos ha dado resultados duraderos y satisfactorios.

Inspirado por Max Weber, Lukács fue uno de los primeros marxistas en señalar los aspectos negativos que conllevan el progreso material y los procesos crecientes de especialización, mecanización y despersonalización, responsables de la "destrucción de la totalidad" y la eliminación de la cultura genuina, por una parte, y productores de los fenómenos de cosificación, por otra. La atomización del individuo correspondería a la creciente irracionalidad de la totalidad social. Con este enfoque, que combina las obras de juventud de Karl Marx con la sociología de Max Weber, Lukács inspiró la posterior crítica de la técnica de Martin Heidegger y de la sociedad altamente industrializada realizada por la Escuela de Frankfurt. Pero lamentablemente Lukács no profundizó este enfoque. El creyó que el proletariado revolucionario, como "idéntico sujeto-objeto" de la historia, y la simultánea estatización de los medios de producción cortarían la cadena de cosificación de las sociedades no emancipadas.

Para los seres solitarios y problemáticos que son los intelectuales, el partido representó una especie de hogar, un lugar de redención que les brindaba la solidaridad que el mundo exterior, hostil y enajenado, no podía ofrecer. El "sueño del Hombre total" y otros aspectos místico-existencialistas los empujaron hacia una esfera diferente a su propio talante, a una organización bien estructurada, con orientaciones y principios sólidos y presuntamente eternos. Lukács afirmó que ese hogar estaba iluminado por la "ciencia universal marxista", la que le habría dado para siempre "un contenido vital inquebrantable". Desde su milagrosa conversión en 1918 Lukács nunca más fue turbado por la más mínima duda: la verdad absoluta estaba contenida en las obras de Marx, Engels y Lenin y en la praxis de los partidos comunistas de orientación moscovita.

Hasta para sus amigos íntimos el ingreso de Lukács al Partido Comunista de Hungría en diciembre de 1918 fue una sorpresa, máxime si Lukács publicó en esos mismos días un apasionado artículo, en el que se distanció vehementemente del bolchevismo y sus aliados. De acuerdo a este escrito no era dable esperar la eliminación de la lucha de clases de parte de los partidos comunistas, que habrían establecido un régimen inhumano, basado en la dictadura, el terror y el despotismo de la clase obrera. Lukács censuró abiertamente la "fundamentación metafísica del bolchevismo": la distancia entre una "realidad empírica inhumana" y una "voluntad ética utópica" no podría ser superada por la acción del partido, pues este pretendía producir lo bueno a partir de lo malo y arribar a la verdad atravesando la mentira.



Georg Lukács

Pero la historia real fue algo diferente. Desde su ingreso al partido Lukács perteneció a la cúpula dirigente; fue Comisario del Pueblo para Educación y Cultura y Comisario Político de una división del Ejército Rojo (1919), y en estas actividades se destacó por su fanatismo y por la utilización de cualesquiera medios para consolidar el efímero poder bolchevique en Hungría. Bastante sangre de inocentes se pegó a las manos de Lukács. El fundamento para esta curiosa conversión y para su rudeza en el ejercicio del poder reside en una axioma al cual se adhirió siempre y que trasluce una visión trágica de la vida: toda decisión es culpable. Sólo se podría elegir entre formas de aceptar la culpabilidad, y la única razonable sería "sacrificar el yo inferior en el altar de la idea superior". El asesinato no está permitido, afirma Lukács, pero a veces hay que hacerlo -y entonces sería "trágicamente moral"- para satisfacer la propia ética de dimensión histórica. El terrorista, por ejemplo, no sólo sacrifica su vida por el prójimo, sino también su pureza, su moralidad, su alma. Los comunistas toman a su cargo los pecados del mundo para redimir el mundo pecaminoso. De lo malo puede entonces surgir lo bueno, y la mentira puede engendrar la verdad. Todo esto tiene el hábito cínico de la clásica justificación de los medios a causa de los fines, pero ahora la violencia es legitimada mediante argumentos mesiánico-políticos: la monstruosidad del capitalismo exige para su eliminación el uso de métodos monstruosos. Poco después (1924), en tono laudatorio, Lukács escribió que el Estado proletario constituiría el primer Estado en la historia que abiertamente admite ser un aparato de represión y un mero instrumento de la lucha de clases. Es superfluo decir que la ortodoxia soviética jamás aceptó la argumentación de Lukács: una cosa es practicar generosamente el terror revolucionario, y otra confesarlo públicamente y justificarlo por medio de teorías filosófico-teológicas. Por lo demás, este ri-

gorismo intransigente es ciertamente trágico, pero en definitiva apolítico: Lukács -un místico existencialista- estaba más interesado por la redención inmediata del mundo profano por medios apocalípticos (la revolución proletaria total) que por la esfera de la actuación política, que es el campo de lo aleatorio, los arreglos y las negociaciones.

La doctrina de Lukács se basa en un axioma hegeliano: la libertad no es más que el reconocimiento de la necesidad. La identificación de libertad con necesidad conformó uno de los pilares del marxismo ortodoxo moscovita hasta 1989 y constituye todavía uno de los principios retóricos del marxismo cubano. El individuo actúa adecuadamente como ser social y "supera" la necesidad si la reconoce y se somete a ella: el único modo realista de liberarse del sacrificio que es la historia consiste en soportar esas rigurosidades voluntaria y conscientemente. Y la necesidad histórica está personificada por el partido, que es, a su vez, la mediación correcta entre teoría y praxis. El partido es el "educador del proletariado hacia la revolución" y como tal "la primera encarnación del reino de la libertad", en el que predomina el espíritu de la fraternidad universal, pero -y aquí Lukács es más cínicamente realista- ligado al "anhelo y a la capacidad de sacrificarse". La mutua interacción entre partido y masas proletarias, entre voluntarismo y fatalismo, entre la regulación consciente de parte de la organización y la espontaneidad popular, produce, según Lukács, una mediación anclada en el partido. La fuerza y la necesidad del partido se basan asimismo en que la conciencia de clase proletaria tiende a ser poco clara, lo que conlleva la justificación de una élite de revolucionarios profesionales. El instrumento se ha transformado en objetivo: la meta ya no es la mera organización de la libre voluntad de las masas proletarias como primer paso hacia el reino de la libertad, sino el reconocimiento de que el partido encarna sin más la razón y la verdad históricas. Y como depositario de ellas tiene pleno derecho a ser obedecido. Lukács hizo explícita esta situación cuando rechazó la famosa frase de Rosa Luxemburg: "La libertad es siempre la libertad del que piensa en modo diferente", corrigiéndola en este sentido: "La libertad ha de estar al servicio del poder proletario, pero el poder proletario no debe servir a la libertad". Y parafraseando a Engels añadió: "Mientras el proletariado requiera de un Estado, no lo usará para defender la libertad, sino para reprimir a sus enemigos". Las conse-

cuencias de este principio son conocidas. El parlamento es considerado como un trampolín para la agitación revolucionaria, que debe ser abolido como inútil una vez consumada la revolución socialista. Lukács afirmó que la libertad de debate en los parlamentos burgueses servía sólo para confundir a los proletarios. La democracia resulta ser una mera formalidad sin importancia sustancial. Ya que el decurso histórico garantiza el "hecho" de que el proletariado conforma la inmensa mayoría de la población, el triunfo político de este último constituye una certeza científicamente asegurada, y, por lo tanto, las derrotas electorales de los partidos que lo representan no deben ser tomadas en serio: son incidentes temporales y transitorios en el plano formal, que no afectan el esencial.

El partido representa la razón histórica y actúa siempre de modo correcto, y por ello tiene el derecho de exigir absoluta obediencia a sus cuadros y a la población en general. Dentro del partido debe reinar, según Lukács, la disciplina política más severa, y en la fábrica la disciplina laboral más rígida, la que se traduciría por el aumento voluntario e incesante de la productividad y la producción. Al formular esta norma Lukács tuvo el mérito de haberse adelantado varios años a Stalin. El trabajo forzado y las purgas en el interior del partido en la joven Rusia Soviética aparecen, por lo tanto, como "un acto moral del partido comunista" y como "el salto del reino de la necesidad al reino de la libertad". Durante la revolución húngara de 1956, Lukács, otra vez Ministro de Educación y Cultura, se pronunció contra la libertad de enseñanza y contra el pluralismo ideológico en los campos de la filosofía y la política. En 1957 sostuvo que Stalin había personificado la línea correcta después del fallecimiento de Lenin.

Casi todos los marxistas, incluyendo los llamados críticos como Georg Lukács, se han adherido al axioma de que un mal socialismo es preferible a un buen capitalismo. Esto se debe, entre otras causas, a una notable incompreensión de la esfera político-institucional, que proviene del núcleo del marxismo primitivo. La creencia en las leyes inexorables de la historia, la mística revolucionaria de una misión superior y el odio al enemigo de clase han imposibilitado (1) el surgimiento de una genuina ética de responsabilidad individual y grupal, que se rija también por el principio de la proporcionalidad de los medios, (2) una apreciación cabal de los elementos mal llamados formales de la moderna democracia representativa y pluralista, (3) un reconocimiento de la legitimidad de los intereses inherentes a corrientes y partidos que no son los propios, y (4) la admisión de que la liberación del individuo no ocurre necesariamente por medio de la emancipación de la especie.

* Hugo Celso Felipe Mansilla,
Doctor en Filosofía,
Académico de la Lengua



Composiciones populares de los años de la independencia

El historiador, político y escritor ensayista Manuel Riquelme, en su libro "El arte folklórico de Bolivia", aborda la influencia ideológica de la independencia nacional y los centros de poder, durante



Proclamada la independencia del Alto Perú con la denominación de Bolivia, las coplas patrióticas y de odio a los peninsulares fueron las que alcanzaron mayor difusión: *Oh Bolivia, Bolivia, Bolivia / ya tu fama se va a eternizar / a la historia su nombre llevar.*

Tierno llanto verás consagrar, / de un Sucre sabrá la memoria / a la historia su nombre llevar / y a los héroes que bravos murieron / su sepulcro con flores regar.

No obstante, pasado el fervor patriótico, los colombianos fueron los que motivaron, con su altanería y sus abusos, otra copla alusiva esta vez a ellos. Los políticos altopereanos que se iniciaban en la vida pública, fueron los primeros que comenzaron a agitar la oposición contra aquellos, y calificarlos de extranjeros. El enfado que esa situación producía, se expresa en la siguiente copla:

No se puede soportar / Sucre, primer gobernante / con su ministro Infante / hasta cuándo han de estar. / ¡Viva la gresca! / Viva la farrá / que viene Gamarra / del colombiano a la pesca.

Referente al mismo gobierno, Alfredo Jáuregui Rosquellas, publica los siguientes datos en el Boletín de la Sociedad Geográfica de Sucre N° 411 y 412: "Un día, era en diciem-

bre de 1827, se encontró adherido en uno de los cuadros 'rumi cruz', en la esquina de la Plaza Mayor, un pasquín que decía en letras gordas y bien legibles:

Afuera perros, / afuera gatos, / los colombianos / todos mulatos.

Pocos días después, apareció allí mismo la respuesta: *Perros y gatos / a los bolivianos / les dimos patria / los colombianos."*

En el mismo artículo se registra otro pasquín contra el Coro Metropolitano, amigo y admirador del Mariscal, que dice:

El buen curita está enfermo / con orgullo canonjil. / Que le den mate de tilo / mezclado con toronjil / y si no le gusta eso / y no lo puede pasar / que le den roscas con queso / y acibar y sara pan.

Otro pasquín apareció pegado a la puerta del Palacio de Gobierno, escrito en grandes caracteres:

El vitalicio no se quiere ir / porque Don Simón tiene que venir / y darnos monarquía y luz de caridad / y quitarnos lo que es libertad.

Toda esa obra difamatoria que crecía a diario en Chuquisaca, fomentado por la chismografía características de aquella localidad, fue envenenando la opinión pública contra los colombianos y contra el gobierno, hasta que tuvo lugar el motín militar del 18 de abril de 1828 que precipitó la renuncia y retiro del país del Gran Ma-

riscal de Ayacucho.

Con el retiro de este ilustre gobernante y de los colombianos, el país atravesó un período de anarquía hasta la exaltación al poder del General Andrés de Santa Cruz. En este período se cantaba:

Por fin llegaste Santa Cruz amado / a la patria del oro / brillante de decoro / en altos mandos experimentado / con renombre, coraje, imponencia / gloriosa espada, notable prudencia. / Al sólo verte la feroz discordia / huye despavorida / con toda su cuadrilla / y les sucede la paz y concordia. / El astro amoroso de Bolivia brilla / la tenebrosa noche se retira.

En los días que duró la Confederación Boliviano-Peruana, el ministro diplomático en Perú, don Manuel de la Cruz Méndez, era blanco de las sátiras del poeta limeño Felipe Pardo, por haber impartido órdenes para que se exigiese a éste la devolución de cuarenta mil pesos que le dio Salaverry para una misión diplomática que no llegó a efectuarse. A Santa Cruz y a Méndez les indilgó varias composiciones, entre ellas, la siguiente paronomasia a Méndez, muy repetida en Bolivia:

El procurador Mando / Mendizábal y Mendieta / mendivel y Mendinueta / de Mendiburro, ejerciendo / Visto; con el documento / que acompaña en su favor / declaro que es un jumento / Don Mendo el Procurador (Valparaíso, 10.abril.1836)

Méndez se defendió de los ataques de Pardo aparecidos en el periódico "El Intérprete" usando las páginas de "El Eventual", ambos voceros publicados en Chile.

Después de la derrota de Yungay, surge en Bolivia un período de ignominia, propiciado por el Presidente General Velasco, que felicitó al vencedor por este triunfo, lo que motivó una protesta airada por parte del Gral. José Bullivián quien, en carta particular fechada el 19 de abril de 1839, escribe:

"Las instrucciones dadas al señor Gutiérrez me parecen muy oportunas y bien calculadas, pero faltaría a mi conciencia y engañaría a Ud. si no dijese que el artículo 2° de dichas instrucciones me es dolorosamente repugnante, por más que la política lo aconseje. Felicitar los bolivianos por la espléndida victoria de Yungay a los vencedores sobre el ejército boliviano, es cosa que primero me arrancara la lengua y me cortara la mano que proferirla, o firmarla. ¿No es sangre boliviana que allí se ha derramado? ¿No son las armas bolivianas las que se han humillado? El parte de Bulnes. ¿No repite cien veces, que es el Ejército Boliviano, la cobardía boliviana, y la tenacidad de los bolivianos contra quienes han combatido? La historia no dirá que el ejército boliviano fue vencido en Yungay, y un renglón más abajo aparecerá el Cóndor de Chuquisaca diciendo: ¡Loor eterno a los vencedores de Yungay! ¿Y el ministro boliviano, representante de su patria, no se presentará humillado por todo esto? ¿Qué dirán las esposas, los padres y los hermanos que han perdido allí a sus esposos, a sus hijos y hermanos? Yo no acabaría más este artículo y por tanto, dejando esto para que lo admita u observe el Mi-

ulares en los primeros ndencia de Bolivia

Roberto Paredes Iturri (La Paz, 1870-1950) en su libro
a que la música popular y las coplas tuvieron en el pensamiento
de los primeros años de la independencia



nistro nombrado, paso a tratar otro asunto."

Posteriormente, refiriéndose al mismo hecho, su hijo don Adolfo Ballivián, publica lo siguiente:

"Un periódico oficial de aquella época reproduce en todos sus números el siguiente epígrafe que le sirva de mote: 'De Yungay en el campo glorioso / el valiente chileno triunfó / y al rapaz y feroz boliviano / el Perú para siempre arrojó'. ¿Y queréis que la sangre no hierva en nuestras venas? ¿Y queréis que no rija la cólera en el pecho? ¿Y podremos callar?... No. Los buenos repiten la blasfemia para invocar la ira del cielo."

Este cuarteto inicuo llegó a ser catado por los adversarios de Santa Cruz. A "El Iris de la paz", periódico oficial que sostuvo el gobierno del general Don Andrés de Santa Cruz, le dedicaron las siguientes estrofas:

En Bolivia ha sucedido / un desplome colosal / que al viejo Iris ha sumido / en la tumba funeral. / Es cosa muy natural / pues diez años ha vivido / y que sea sustituido / por "El Constitucional"

Y continúa con el siguiente epitafio:

Aquí yace sepultado / el viejo Iris de la Paz / ya no revivirá jamás / porque murió de cansado. / Servía de grande enfado / al más curioso lector / pues era órgano impostor / servil, cochino, asqueroso / puerco, sucio mentiroso / de un tirano protector.

Efectuada la segunda invasión al territorio boliviano por el general Don Agustín Gamarra y producido el triunfo de Ingavi por el que el ejército peruano fue derrotado e in-

vadido el territorio de aquella nación, el presidente de Bolivia lanzó su famosa proclama el 30 de noviembre de 1841, dirigida a los pueblos de aquella nación, manifestando que respetaría su independencia y que era común el interés en derribar a Santa Cruz del poder que avasallaba a ambas repúblicas. La prensa de Lima no tomó en serio estas protestas, y consta el hecho por la siguiente composición política de Don José Joaquín de Larriiva, inserta en el periódico "El Comercio" de Lima, un jueves 24 de diciembre de 1841.

El aguinaldo del General Ballivián

Mirad al héroe de Ogaño / cómo nos viene a abrazar, / catai cómo era un engaño / que nos quería matar. / Vitor que viene volando / en alas de la fortuna / el héroe que cual su espada, / así maneja la pluma.

Hoy de los conventos / salgan las mulatas / con cajas, clarines / y sendas matracas; / y todas a una / con gritos y algazara / entonen mil veces / apuesta tonada.

Catai el que se decía / que nada escribir sabía / pues catai, cómo escribió / y una proclama forjó. / Vitor que ha Bolivia ha dado / un nuevo César fortuna / que así como la de su espada / así maneja la pluma.

Mirad cómo pisa ufano / ya el territorio peruano; / catai pues cómo nos ama / y nos echa una proclama. / Vitor que tiene ensartado / en un cuerno... de la Luna / el héroe que cual su espada, / así maneja la pluma.

Hoy placenteros salimos / sus glorias a festejar. / catai pues cómo venimos / sus victorias a cantar. / Vitor que viene soplando / y subido como espuma; / el héroe

que cual su espada, / así maneja la pluma.

¿Dónde está el que decía / que Ballivián no venía? / Pues catai que vino ya / y entre nosotros está. / Vitor que viene adormido / de triunfos en una cuna; / el héroe que cual su espada, / así maneja la pluma.

¿Dónde está el que aseguraba / que Ballivián no peleaba? / Pues catai cómo peleó / y una batalla ganó. / Vitor que cabalga ufano / un bello Huanaco Runa, / el héroe que cual su espada, / así maneja la pluma.

Entonemos pues festivas / mil canciones y mil vivas / al héroe cuya memoria / eternizará la historia. / Vitor que ya levantó / en Incahue una columna; / el héroe que cual su espada / así maneja la pluma.

Y en honor de aqueste día / digamos con alegría / ¡Plegue el cielo que le salga / una caracha perruna; / al héroe que cual su espada / así maneja la pluma!

Otro: "A la brillante pluma del general Ballivián en su proclama dirigida a los peruanos en 30 de noviembre de corriente año: Octava

¡Oh! ¡Proclamista insigne y elegante! / Por tu proclama al cielo te levantas / y con un solo tu pluma (¡ay qué brillante!) / vuelas más que los pájaros con tantas.

Tu hablar es fresco, tu pensar flamante, / tus frases novedades con que encantas / y al mirar de tu estilo la hermosura / gustosos admiramos tu frescura"

En tanto, en Bolivia se festejaba ese triunfo en forma ruidosa como se puede apreciar por las canciones dedicadas a tan fausta victoria. El coro de una de ellas dice:

"Loor eterno al ilustre campeón / que en Ingavi nos dio la victoria. / Levantó el honor al padrón / escribió nuestro nombre en la historia.

Espléndida victoria / día de excelso honor, / cantemos tu memoria / con patriótico ardor / y en alta gloria / del vencedor.

De la titulada "A Ingavi", expresa el coro:

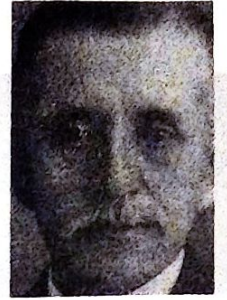
En Ingavi el laurel esplendente / de sus sienes la gloria quitó / y risueña y contenta la frente / de un invicto campeón adornó (etc.)

Otra composición política titulada "A la victoria de Ingavi", reza:

Loor eterno al valor boliviano / loor eterno a ese bravo Adalid / que en su nombre ha llenado de gloria / y su Patria de gloria sin fin.

El aniversario de la victoria de Ingavi lograda el 18 de noviembre de 1841 era festejado con la mayor solemnidad y entusiasmo, exaltando a lo sumo a su autor, el Gral. Ballivián. A más de las canciones, se improvisaban variados cantares que acrecentaban la diversión y alegría del pueblo. No obstante, a la caída del héroe, toda aquella admiración y festejos de que había sido objeto, pronto tomarían en odio y menoscabo de su prestigio y sus actos de gobierno, pero eso es ya otra historia.





Rosendo Villalobos

Rosendo Villalobos. La Paz, 1859 - 1940. Abogado, poeta, ensayista y político. Fundador y Primer Director de la Academia Boliviana de la Lengua. Miembro de la Academia de la Historia.

Obras. Poesía: *De mi cartera* (1886), *Aves de paso* (1889), *Memorias del corazón* (1890), *Ocios crueles* (1897) y *Hacia el olvido* (1907). Ensayo: *Letras bolivianas y Los poetas y sus obras*.

Labor omnia vincit

¿Para qué pueblos
sin vigor ni aliento
que viven en el ocio
y en la molicie?
No hay agua que
estancada no se vicie
ni inercia que
no ceda al movimiento.

Trabajar nos ordena
el pensamiento;
que Bolivia,
en su vasta superficie,
con el arado
y con el yunque inicie
la obra inmortal

del patrio surgimiento.

Tiene hoy la acción un
templo sin murallas,
y aunque vence mil
veces el protervo,
quien se renueva
romperá las vallas

que a su paso le
oponga el universo.
No hay más
que un Dios.
El Dios de las batallas
y no hay más fe
que la del propio esfuerzo.

Visiones

La estatua que tomaste por testigo,
del jardín en la lóbrega espesura,
escuchaba tus fervidas promesas
y tus frases de amor y de ternura.

De súbito brillo, dardo de plata
que se clava en las alas de la noche,
un rayo de la luna. Vi a su sombra
de las flores abrirse el casto broche.

Mas... mensajero de ambición espuria,
llegó importuno un dios: besó tu frente,
en sus alados pies vi polvo de oro...
se lo dieron los sueños de tu mente.

Y ante el dios mercader la fría estatua,
por santa indignación estremecida,
sintió en su rostro arder olas de sangre...
La luna se ocultó sobrecogida.

Sol poniente

desmayado en la brumal,
Se mezcla del océano al rumor infinito.

Entonces, cual de un antro,
de en medio a las majadas
sube a lo alto de eriazos y quebradas
la voz de los pastores
que encierran el rebaño.

El horizonte todo se envuelve
entre la sombra:
y el sol, muriendo encima
del cielo que es su alfombra,
pliega las ramas de oro
de su abanico extraño.

Las sonantes acacias,
ornato del granito,
doran la áspera cumbre
que el poniente difuma.
A lo lejos aún brilla
con babeante espuma
el mar sin fin, que en lo alto
la tierra ha circunscrito.

Bajo mis pies,
la noche y el silencio...
Ni un grito
turba el nido o la choza
que en su vapor se esfuma.
Sólo el nocturno ángelus,

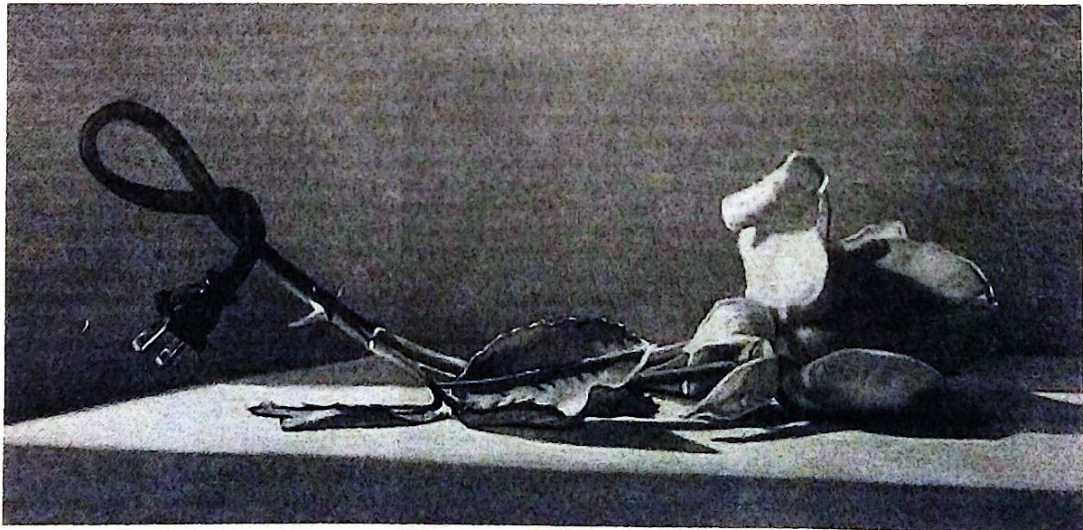
Ninphée

La cuadrúga del sol baja a Poniente,
y al ir veloz por la celeste arena
siente que Apolo su ímpetu refrena...
mas vuela al fin
sobre oro incandescente.

Se hunde en el mar,
que en su hábito potente
y entre sangrienta luz el orbe atruena:
y ya en la noche límpida y serena
torna en plata su púrpura el Oriente.

Es la hora:
al borde de la clara linfa
tiende sin flechas el carcaj la ninfa.
Todo es paz.
Muge el ciervo en los breñales.

La luna alumbra
el nocturnal concenito:
y el dios Pan,
ante el ritmo de su aliento,
ríe al ver que se animan los rosales.



Aunque pertenece francamente a la escuela romántica, en cuanto al fondo de su poesía y a su procedimiento de composición, no es del todo indiferente a las nuevas tendencias literarias, lo que se pone de manifiesto, particularmente, en algunas traducciones suyas de maestros parnasianos como J. M. de Heredia. Lo mejor de su obra, sincera en el contenido y correcta en la forma, está encerrada en sus libros "Memorias del corazón" y "Ocios crueles".
(José Eduardo Guerra en: "Poetas contemporáneos de Bolivia", 1920)

Mateo Falcone

* Vicente González-Aramayo



En el mundo todos los seres humanos somos iguales morfológica y fisiológicamente, pero no somos iguales en las situaciones de vida. La mayoría de la humanidad pugna por ejercer al menos los derechos de supervivencia, aunque no se vean eficientemente cristalizados, pese al avance de leyes, medidas y costumbres. La historia a la que me he de referir se encuentra entre la variedad de costumbres, tradiciones y vivencias de los habitantes de la isla de Córcega. Esta porción de tierra situada en el Mar Tirreno del Mediterráneo, cerca de la costa occidental de Italia, tiene una extensión de 8.680 Km² y, al momento más de 200 mil almas. La isla fue motivo de controversia durante la edad media, tanto más por los reinos italianos: el Vaticano y Francia llamada Corsé. Nació en ella Bonaparte, lo que hizo exclamar en algún momento a sus detractores que "el emperador de Francia ni siquiera era francés".

Córcega gravitaba durante el siglo XIX aún como tierra aislada, con unos 15 mil habitantes, gran parte de ellos dedicados al cultivo de trigo, pastoreo, cría de ovinos, caprinos y vacunos para la producción de leche y queso. Producían también vegetales y frutas, especialmente cítricos. Las viviendas de la mayor parte de los habitantes eran sencillas, construidas de un solo cuarto para todos los menesteres, formando barrios de singular

aspecto, tal como las describe Próspero Mérimée, autor de la novela "Mateo Falcone".

En la costa noreste, Porto Vecchio, era intensa la actividad del comercio y la pesca. Las jornadas de producción eran duras, casi siempre bajo el bochorno inclemente, con intervalos frescos por los vientos del Mediterráneo. Al caer la tarde, cuando cesaba la actividad, pescadores y comerciantes, labradores y ganaderos, portando sus instrumentos de trabajo y llevando sus linternas alumbradas con cera, regresaban a sus moradas, muchas veces canturreando alguna vieja canción. Al final del día, el sol como una adarga candente se sumergía en el mar, en medio de un velo naranja y rojo púrpura, pintando un hermoso crepúsculo.

La gente de esta isla era muy singular, dotada de una metafísica extraña, conservaba fanáticamente el sentido del honor y de estima personal, capaz de llegar al sacrificio. Sin tocar el lombrosianismo, podía pensarse en la naturaleza atávica de todo corso bien o mal nacido, porque parecían llevar en la sangre el fuego inspirador de la revancha, denominada "vendetta", posiblemente por remanentes de viejas culturas bárbaras y piratas de dos milenios atrás, que infestaban el Mediterráneo en sus guerras contra los romanos. Actuaban al margen de todo principio jurídico. Una ofensa debía ser vengada. La venganza parecía ser

una regla no sólo satisfactoria, sino triunfal. El término universal "cobarde" tenía menos sentido que "rimbeco", palabra terriblemente ofensiva para los que no podían lavar una afrenta o un delito con la vendetta. Cuántas veces, este afrentoso calificativo llevó al suicidio.

La novela "Colomba", del mismo Próspero Mérimée, es ejemplo de la metafísica de los seres de Córcega. En ella, un legítimo abogado fue marcado como entrometido, y ese fue Orso Della Rebbia, quien se negaba a tomar vendetta contra los asesinos de su padre, argumentando que "para eso habían leyes". En tanto, Colomba, la hermana, vivía desesperada, sedienta de la vendetta que Orso no cumplía. Llegó a calificarlo de rimbeco, como un anatema. Entonces aconteció algo... (se sugiere leer la novela).

Pero la historia de Mateo Falcone a la que he de referirme, la leí hace mucho tiempo en un libro de sinopsis de relatos breves, y la recuerdo de la siguiente manera:

Era una calurosa tarde en una aldea de la isla cerca de Port Vecchio, de pocas casas. En un espacio amplio se hallaban arumadas varias parvas de heno, amontonadas por la trilla del grano, cuando de pronto apareció un hombre de paso ligero, más bien vacilante, tenía una herida en la pierna donde asentaba su mano derecha ensangrentada. Llegaba hasta allí después de una balacera. Se acercó hasta donde jugaba un niño de unos seis años. Al muchacho no pareció darle miedo la presencia de ese extraño que se sostenía tambaleante sobre uno de sus pies. "Oye chico" le dijo, "me persiguen... estoy herido, por favor escóndeme".

El niño lo miró con serenidad, sin mostrar sorpresa, pero no contestó. Gianetto, al no conseguir el favor, extrajo una reluciente moneda que tentó al niño, quien le señaló una de las parvas, expresándole con un pequeño gesto que se metiera en medio de la paja. En efecto, el bandido rápidamente se escondió allí.

Gianetto era un fugitivo en apuros, un bandido a quien la policía perseguía. Pocos minutos después llegó una patrulla de seis soldados rifle en mano, encabezada por un sargento de nombre Piero Gamba quien se dirigió al niño, espetándole enérgicamente: "Fortunato, ¿viste tú a un hombre herido?" Fortunato era hijo de Mateo Falcone, primo de Piero Gamba, quien iba en persecución de Gianetto. "Mira muchacho, te daré este reloj que siempre quisiste, si me dices dónde se oculta ese hombre" le dijo

al muchacho, extrayendo de su chaqueta un reloj redondo que lo balanceó de una cadenilla entre los dedos...

"¿Me lo darás tío?" preguntó el niño abriendo deslumbrado sus ojillos.

"Te lo daré" respondió el hombre, sonriendo groseramente pero fingiendo amabilidad. Entonces el niño, alzando una piedrecilla y formando una diminuta catapulta con su índice, la arrojó hacia la parva. La policía cayó allí como una tromba y extrajo a Gianetto maldiciendo contra el muchacho: "¡Maldito hijo de zorra, ya verás... me las pagarás!"

La breve patrulla policial rumbó hacia el pueblo, pero en el camino encontró a Mateo Falcone que iba a su casa acompañado de su esposa, una pequeña y humilde mujer. Ella cargaba un bulto con alimentos y él un rifle en el hombro. Según la costumbre, la mujer debía cargar los alimentos y el hombre las armas. Se saludaron Falcone y Piero: "Salud primo... ¿Quién es ese hombre a quien llevas maniatado?" preguntó Mateo al jefe policial. - "¡Es un criminal! Por fin lo agarramos y gracias a tu hijo, mi sobrino Fortunato... Tuve que obsequiarle mi reloj que tanto le gustaba" - "¿Mi hijo?" grito sorprendido Mateo, y su rostro cambió tornándose rojo como una ascua, parecía que iba a estallar. Después de preguntar dos veces más, ya no dijo nada. Partió casi mecánicamente hacia donde iba.

Llegando al campo de las parvas encontró a su hijo, lo tomó por su pequeño brazo, y casi arrastrándolo lo llevó fuera de allí mientras descolgaba de su hombro el rifle que llevaba. La madre cayó de rodillas gritando. El muchachito suplicaba lloriqueando: "¡No me mates padre! ¡Pediré perdón a Gianetto, pero no me mates padre!"

Mateo no quiso oír nada, inmovilizable llevó al niño hasta un peñón cerca del bosque. Mateo Falcone era un hombre rudo, fuerte, de cuello recto y duro como un tronco, brazos y piernas tirantes como cables de hierro, de unos 50 años, cabello entrecano, de caminar más lento que ligero, parco en hablar y torpe con su mujer. Era el paradigma de aquella casta de corsos frenéticos en su atávica metafísica:

"¡No debías nunca entregar a Gianetto! Es una ley nuestra ayudar al perseguido... ¡No somos traidores!... ¿Qué sabes rezar?" le preguntó con voz de enérgimo.

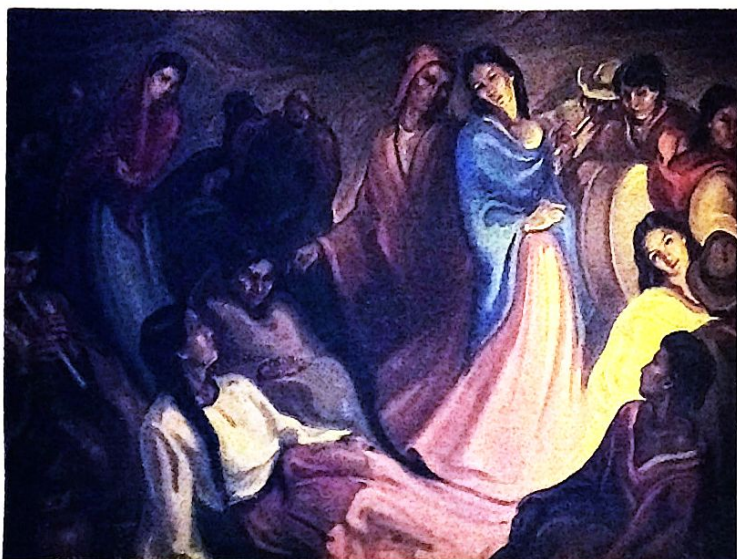
El niño rezó el Padrenuestro tartajear y lloroso... Rezó el Avemaría también. - "¿Qué más sabes rezar?" - El niño sólo respondió: "¡No papaito... no me mates!" - "¡Entonces que Dios se apiade de tu alma! ¡Adiós, hijo mío!" Y una descarga cerrada del arma destruyó la cabeza del niño.

Vicente González Aramayo Zuleta.
Oruro, 1932.
Abogado, novelista,
escritor, cineasta.



Rabona: Una historia para una mujer sin historia

Josefmo Murillo Vacarezza



Tercera parte

El Coronel Julio Díaz Arguedas en su libro *"Fastos militares de Bolivia"* continúa de esta manera su descripción acerca de las valientes tropas bolivianas y las aguerridas rabonas:

"El aprovisionamiento de las tropas en campaña —continúa el autor citado—, se realizaba mediante vivandera. Estas tomaban la delantera de las tropas y confeccionaban el rancho". Eran así importantes para preparar el alojamiento y la alimentación para que los soldados estuvieran en condiciones de combatividad, de modo que esas mujeres no descansaban nunca. Llamadas en otras partes "cantineras", "vivanderas" o "juboneras", los que se referían a ellas tenían cierto pudor gramatical de llamarlas "rabonas" creyendo que esa palabra era impropia para escribir y quizá impúdica, o sinónimo de prostituta. Ignoraban que su sobrenombre derivó del hecho de que, al principio, iban "a la cola" de los soldados, como parte del "rabo" o la retaguardia de los destacamentos. Pero el término se arraigó de tal modo que la Academia Española la incorporó al léxico castellano como "la mujer que por lo general acompaña a los soldados en las mar-

chas y en campaña".

Esas mujeres no tenían más patrimonio que una olla y algún menaje de cocina, una manta envejecida y sus polleras raldas por estas desventuras; sufrían privaciones, gélidos fríos, acampaban en campo raso, cubrían a sus niños con esas polleras, o se congestionaban con la fiebre de las selvas, pero nunca se abatían por el desánimo o la fatiga. Ellas estuvieron en los ejércitos del Mariscal Santa Cruz, y entre las tropas del General José Ballivián; la salvadora batalla de Ingavi, que aniquiló para siempre la ambición peruana de someter a Bolivia a su dominio, batalla en la que las tropas bolivianas vencieron con efectivos que eran la mitad de los soldados del ejército invasor. Se decidió, como apunta un testigo ocular, porque las mujeres estaban junto a los soldados ayudándoles a cargar sus fusiles de modo que el fuego de ellos no cesara en su ímpetu. Nunca se ha hecho mención de ello porque militares e historiadores subestimaron siempre el concurso decisivo de las rabonas como de seres a quienes había de inhibirse de mencionar.

Y cuando sobrevino la tragedia de la Guerra del Pacífico, ellas descendieron por el camino de Carangas hacia el pueblo de Tarapacá en la costa, con las primeras tropas que sirvieron de núcleo para formar batallones con los peones del Altiplano que trabajaba en esas salitreras. Asimismo cruzaron los desiertos para llegar a Tacna con las tropas de Daza desde La Paz, y con él siguie-

ron hacia el río de Camarones en esa marcha frustrada donde murieron muchos soldados rendidos por la sed y la fatiga en la llanura inhóspita de los yermos fatales.

Es admirable, como otros muchos hechos que aún se ignoran, el episodio que en su diario denominó "Los Colorados de Bolivia, recuerdos de un Subteniente" describe Daniel Ballivián, presente en la batalla del Campo de la Alianza. Así dice: "Mientras el ejército se ponía en marcha aquella noche aciaga

del 25 de mayo de 1880, con el objeto de sorprender al enemigo que, según informaciones, se encontraría pernoctando en la Quebrada Honda, casi todas las rabonas, esas famosas e inseparables compañeras del soldado boliviano, esas mujeres extraordinarias, encarnación genuina de todas las virtudes, amalgama extraña de abnegación, emprendían a su vez retirada rápida a Tacna, en la creencia de que ya no tendrían oportunidad de seguir desempeñando sus tradicionales servicios de proveedoras del ejército, trabado en lucha heroica y desesperada con el enemigo. Se retiraban pues presurosas y diligentes, cargadas de sus canastos, vajilla y demás enseres y cachivaches que constituían toda su hacienda".

Pero nuestro ejército fracasó en su intento de sorprender a las tropas chilenas, porque sus jefes se desorientaron en la noche oscura de ese desierto, caminaron extraviados los soldados hasta el amanecer y agobiados todos ellos por la fatiga, tuvieron que disponerse a la batalla para la que ya estaban en posesión las tropas chilenas, mientras que las nuestras se consumían de sed y de hambre, pero firmes y resueltas en las posiciones que les habían señalado para trabar la lucha decisiva en la que, como sabemos, los soldados bolivianos se inmolaron con un valor que no se abatió ni con el último disparo de la derrota. Cuando esas tropas estaban ya en combate, Ballivián fue testigo de una escena pasmosa de

valor y serenidad.

"Me distrajo de mis cavilaciones, dice Ballivián, la presencia de una rabona. Era la del Sargento Olaguivel, que llegaba con su criatura a la espalda, y sosteniendo en una mano una ollita de barro. Venía desde Tacna trayéndole el almuerzo a su compañero. Después de saludarlo, la mujer procedió sin vacilación a vaciar en un plato el contenido de la olla, mientras el sargento aprisionaba en sus robustos brazos al niño, que besaba y acariciaba con ternura. Cuando le hubo alcanzado el plato, la rabona tomó a su vez al niño, sujetando al mismo tiempo el rifle. Terminado el almuerzo, hombre y mujer se confundieron en estrecho y prolongado abrazo de despedida, después de lo cual ella volvió a presentarle al niño para que lo besara por última vez, y echándose en seguida a la espalda cogió el fío y emprendió rápidamente el regreso a Tacna. Durante la conmovedora escena que acabo de describir, todos los que la presenciamos guardamos un respetuoso silencio. Testigos involuntarios de la tierna y emocionante despedida de aquellos dos seres a quienes el destino había unido con los lazos misteriosos del cariño, pensábamos olvidando el peligro que, por igual, se cernía sobre todos nosotros, en la posibilidad de que en breve una bala traidora los rompiera para siempre".

"Mientras la rabona se alejaba, todo el batallón la seguía con la vista, y no había caminado ciento cincuenta metros, cuando una bomba fue a caer a dos pasos de sus talones levantando una nube de polvo. Una sensación de angustia oprimió todos los pechos, al mismo tiempo que de quinientos labios se escapaban las exclamaciones de: '¡La ha muerto! ¡La ha muerto!'. La nube levantada por la bomba envolvió a la mujer durante unos segundos hasta que disipada aquella, surgió ésta a nuestra vista como una vista fantástica. Al verla de pie y con la cara vuelta a nosotros, no pudimos reprimir un grito de admiración y de alegría. Estaba allí sana y salva, sin rasguño. Tenía la vista fija en el sitio donde había caído el proyectil chileno, hacia el cual se dirigió por fin resueltamente para examinarlo más de cerca. Después de unos minutos de observación, hízonos con el índice de la mano derecha una señal negativa como si dijera: 'No tengan cuidado, son inofensivos', después de lo cual nos envió un saludo de despedida y, dando media vuelta, siguió su interrumpido viaje. Todos, oficiales y tropa, comentaban con admiración la serenidad pasmosa de esa mujer extraordinaria".

Continuará